

«Los viejos y los cometas fueron respetados por las mismas razones:
sus luengas barbas y sus presuntos augurios»

Viejos, barbas y maestros

— Ramón Núñez Centella —

VIEJOS

Nadie es tan viejo como para pensar que no puede vivir un año más. Marco Tulio Cicerón. Orador (106-43 aC)

Los viejos creen todo, los de mediana edad sospechan de todo, los jóvenes lo saben todo. Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde. Escritor (1854-1900)

Un anciano querido es como un invierno con flores. Proverbio alemán.

Los jóvenes piensan que los viejos son tontos, pero los viejos saben que los jóvenes lo son. George Chapman. Poeta (1559-1634)

Es natural del anciano el protestar contra el cambio, sobre todo si los cambios son a mejor. John Steinbeck. Novelista (1902-1968)



culos realizados sobre un millón de individuos, entresaco los siguientes números:

A partir de un millón de nacidos, sobreviven a los 7 años: 565.838 personas; a los 14 años: 533.711; a los 25: 471.366; a los 40: 369.404; a los 60: 213.567 y a los 80 años: 34.705.

Este tipo de tablas dicen muchas cosas, y los profesores de sociales saben hacer maravillas con ellas. Por ejemplo, notarán que al nacer se tenía entonces menos del 3,5% de posibilidades de llegar a decrepito. Dicho así casi habría que dar gracias a Dios, porque el calificativo asusta, pero hoy las cosas han cambiado. Antes, llegar a la vejez era el privilegio de unos pocos, que la naturaleza elegía por sus mejores condiciones físicas, capaces de superar en primer lugar la difícil criba de la infancia, y seguir luego una larga carrera de obstáculos contra la enfermedad. Ahora, pese al automóvil, el tabaco, el sida, el estrés y demás plagas de occidente, llegar a la ancianidad es entre nosotros mucho más fácil, y se superan los 80 años sin signo de decrepitud.

En la Europa de los 1900 solamente 4 de cada cien personas eran mayores de 65 años, pero en 1970 ese porcentaje llegó a ser del 9,6 y los expertos en demografía predicen que para el año 2000 será del 11,1%. Es decir, que a lo largo de este siglo casi se ha triplicado la proporción de «personas mayores». Ese grupo social que llamamos tercera edad es un gran invento del siglo XX, fruto del desarrollo de la ciencia y la medicina, que han reducido drásticamente la mortalidad infantil y alargado la vida del hombre. Supongo que es hora de rediseñar una sociedad en donde se pueda sacar el mayor partido posible a los valores y satisfacciones de la vejez.

El gran invento de la tercera edad

Me encontré con un libro delicioso: «El trivio y el cuadrivio» editado en Barcelona en 1862. Entre muchas curiosidades anoto una clasificación de las edades del hombre que someto al posible comentario del personal: infancia, hasta los 7 años, puericia de 7 a 14, adolescencia de 14 a 25, juventud de 25 a 40, edad viril de 40 a 60, senectud de 60 a 80 y decrepitud de los 80 en adelante. Allí se da también una tabla de la mortalidad humana, que indica los que conseguían sobrevivir a cada edad. De la misma, fruto según se dice de precisos cál-

BARBAS

Confía en el hombre que vacila en sus palabras y es rápido y seguro en sus actos, pero cuidate de los largos discursos y las largas barbas. George Santayana. Filósofo. (1863-1952)

La barba no hace el filósofo. Thomas Fuller. Historiador (1608-1661)

Los viejos y los cometas fueron respetados por las mismas razones: sus luengas barbas y sus presuntuos augurios. Jonathan Swift. Escritor (1667-1745)

Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar. Refrán español.

Si sale con barbas, san Antón, y si no, la Purísima Concepción. Anónimo. (Dicho atribuido a un torpe escultor)

Había un viejo de barbas, / que dijo: «Tal como lo temía, fue! / Dos búhos y una gallina, / cuatro alondras y un reyezuelo / en mis barbas todos su nido hicieron. Edward Lear. Poeta. (1812-1888).

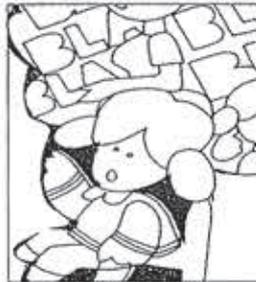


«Lo desechable»

Oigo hablar de un boicoteo a Gillette y, al margen de las refriegas comerciales y las crisis de todo tipo, se me ocurre pensar si volverán a proliferar las barbas. Puede que resulte extraño, pero lo que no me imagino es lo inmediatamente anterior, es decir la simple vuelta a las navajas barberas. El invento de lo desechable es uno de los signos característicos del siglo veinte, significando la sustitución, quizás irreversible, de útiles permanentes por algo temporal. Es el consumo. En el mundo se venden -se tiran- 20.000 millones de hojas de afeitar cada año. Lo que corresponde a casi cuatro por barba. Nunca peor dicho. Sobre todo porque las señoras y señoritas, incluida la joven Lulú, hacen muy poco consumo de cuchillas. En fin, que es mucho tirar eso de cerca de cuarenta mil hojas por minuto.

El invento fue obra del señor King Camp Gillette (1885 - 1932), que hace ahora un siglo andaba obsesionado con la creación de algo que fuera de usar y tirar, para que los clientes tuvieran que volver a comprarlo una y otra vez. Durante sus largos viajes de negocios, hacía listas de «casi todos los objetos que necesitaba», tratando de imaginarse algo desechable que inventar. Fue así cuando un día, a la hora del afeitado, se encontró la navaja sin filo y, según sus propias palabras, «ante el espejo lo imaginé todo en un momento, y en el mismo instante vinieron a mi mente un montón de posibles preguntas, y las respondía más con la rapidez de un sueño que con el lento proceso del razonamiento». Lo que Gillette veía fue uno de los más lucrativos inventos del siglo: la hoja de afeitar. La patente se inscribió el 15 de noviembre de 1904, y en pocos años el nuevo modo de rasurarse «xilet», «llit», «guillet» y cosas parecidas a las cuchillas.

Lo malo del «usar y tirar» no está en las hojas de afeitar, ni en los pañales, los «cínes» o las servilletas de papel. Lo peor es convertir lo desechable en equivocado símbolo de progreso. Lo pésimo es ampliarlo a las personas. Parece que hay quien ha llegado a pensar que pueden existir trabajadores de «usar y tirar». También candidatos independientes - jueces - políticos de usar y tirar. En algunas esferas hasta se pueden dar casos de amigos «desechables». Son tiempos de confusión. Los que tienen barba, la ponen a remojo, y los que dependían de la maquinilla dejan que les crezca, ya que no vuelven las viejas navajas barberas. Al fin y al cabo, lo peor que puede pasar es que les confundan con San Antón.



MAESTROS

El educador que comienza demasiado pronto a castigar corre el riesgo de no acabar jamás de castigar. Santiago Ramón y Cajal. Neurólogo (1852-1934)

De mis maestros he aprendido mucho; de mis compañeros más; de mis alumnos todavía más. Proverbio judío.

La cualidad más importante del maestro es ser capaz de provocar la alegría de crear y conocer. Albert Einstein. Físico (1879-1955)

Esforzarse para un maestro exigente es duro, pero el no tener maestro es más duro todavía. Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde. Escritor (1854-1900)

«Nagalandia»

Uno ya tenía querencia a admirar a maestros, educadores y todo tipo de docentes, pero a estas alturas de la vida resulta que incluso lo que creía menos importante, como el dominio de la materia y su puesta al día, me parece meritorio. Es una ingenuidad que supongo propia de los años, de pequeño tenía la idea de que, una vez terminada y puesta en los libros la historia, las fronteras o las capitales de los países eran fijas, y si uno se estudiaba las cosas de una manera, era como una traición que las cambiasen. Recuerdo que cuando le quitaron la capitalidad a Río de Janeiro me pareció muy mal. De Brasilia sólo se sabe que en las fotos nunca sale gente y que pusieron allí la capital porque estaba en el centro geográfico del país, y no en la costa, pero Río sigue siendo Río, como Bahía, ya se sabe, de allí es el jugador deportivista Bebeto. A lo que iba, que las fronteras se modifican, los nombres de los países varían, y los profesores de geografía se vuelven locos, porque los libros continuamente están mal.

Hace poco me enteré que existe el estado de Nagaland (que debiera decirse Nagalandia, siguiendo el ejemplo de Islandia, Tailandia, Finlandia, Groenlandia y Disneylandia). Fue creado en 1961 como respuesta al nacionalismo orgulloso de sus habitantes y cuenta con una población de medio millón de personas, distribuida por los montes de Naga, que separan el valle del Brahmaputra de Birmania, en un millar de aldeas cuyos paisanos cultivan arroz, y pescan con venenos. Desde que los invadieron los ingleses muchos se convirtieron al cristianismo, pero los Nagas fueron en su tiempo famosos cazadores de cabezas (sólo de la gente de fuera, que eran diferentes de ellos, como -por ejemplo- suecos y zulúes), cuyos cráneos exhibían. Aunque eran caníbales, leí en un relato de la época que su plato preferido era el «perro relleno de arroz». Se preparaba dando a beber al animal escogido una buena dosis de aceite de ricino, y cuando éste había hecho efecto, le daban al can tanto arroz como podía comer, para después asarlo.

Estos Nagas, amantes de sus tierras y tradiciones, tenían fama de ser muy educados, y de que los padres hablaban a sus hijos en la misma forma reposada y amable que a los mayores. Si un padre gritaba y aterrorizaba a sus vástagos pronto merecía el desprecio de los vecinos. Cuando los chiquillos se negaban a obedecer, los padres Naga decían resignados: ¡Qué se le va a hacer, los niños son así!. Se me olvidaba: Nagalandia capital Kohima.